

863
B.

PQ 6603
E6
V5



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósi-
to que marca la ley.

LA TOMA DE LA BASTILLA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LA TOMA DE LA BASTILLA

(Episodio del año 1879.)

Un ejército de operarios invadía todas las mañanas el antiguo palacio, morada durante siglos de los condes de Brabançon, familia esclarecida por famosas proezas en la historia de Francia.

El Conde último, heredero reciente del título, desvivíase por sostener y aun aumentar el esplendor de la casa, y acudió en primer término al reparo más fácil, el de la casa misma. Albañiles, pintores, tallistas, revocaban por dentro y por fuera fachadas, salones, desvanes, y hasta los cimientos, resentí-

dos al cabo de tantos años, como diría un cronista adulador, bajo el peso de tanta grandeza.

La hija única del Conde, aristocrática damisela de quince años, con natural travesura de niña y forzosa seriedad, impuesta por rigurosa educación, burlando la vigilancia de ayas y preceptores, divertíase en curiosear el trabajo de los obreros, en hacerles mil preguntas, en oír sus conversaciones, para ella de asuntos nuevos, con frases nunca oídas. Pasaba horas enteras asomada á los balcones, divertida en observar á los que trabajaban en los andamios.

A cada paso temía que alguno se cayera, y la tranquilidad de aquellos hombres en peligro constante la admiraba tanto como la lectura de portentosas hazañas guerreras de sus antepasados. Mujer y todo, quizás se atreviera á guerrear como otra Juana de Arco; pero de pasar por un andamio que no la hablaran. Justamente, al pie del balcón

preferido para sus observaciones, á horcadas sobre un andamio, picaba la piedra ennegrecida de una enorme cariátide, un muchacho aturdido, despreocupado, que tan pronto inclinaba más de medio cuerpo hacia la calle para bromear con algún compañero, tan pronto se colgaba de una sola mano á la cornisa del balcón ó á las cuerdas del andamiaje, teniendo en continuo sobresalto á la Srta. de Brabançon, que alguna vez no podía menos de gritarle: «¡Cuidado!», atención que él agradecía con una risotada alegre, trinadora, como piada de pajarillo al amanecer en un día de sol.

Era muy lindo el mozuelo; su fisonomía picaresca parecía luminosa; pero iluminada de dentro á fuera por la luz áurea, rosada, de una aurora primaveral del alma.

La damisela y el obrerillo charlaban y reían á sus anchas.

La cariátide blanqueaba muy poco á poco. Las ayas y preceptores de la Señorita no con-

siguieron adelantar en las lecciones por aquellos días. La Señorita no hallaba hora á propósito para estudiar.

*
* *

En la mañana del 14 de Julio faltaron muchos trabajadores á la obra del palacio. Por las calles andaba ociosa la gente del pueblo, como en día de fiesta.

En todo París notábase algo extraordinario.

Desde el balcón comentaba la heredera de los Brabançon, en animado diálogo con el obrerillo, puntual aquel día al trábajo, lo que aquello podía significar...

El mozo discurría sabrosamente de todo lo humano y lo divino... El rey... los señores... los impuestos... Un tropel de ideas nuevas trastornaba el reposo intelectual de la noble Señorita... ¡Cuántas cosas en que ella no había pensado nunca, de las que nadie le había dicho una palabra!

Por la calle corría la gente. Los tenderos cerraban las puertas de golpe y los escapara-tes... ¿Qué sucede? De pronto sonó una espantosa descarga de fusilería... La Srta. de Brabançon, aterrada, cogió convulsa, instintivamente, la mano del obrero... Su curiosidad se sobreponía al miedo y seguía apoyada en el balcón, mirando á un lado y otro de la calle.

—¡Buena se prepara!—exclamó el mozuelo, brincando de alegría, ufano por la novedad de los sucesos.

Más cerca sonó otra descarga contestada por una espantosa detonación que hizo temblar el vetusto palacio.

La Señorita dejó caer el cuerpo desmayado sobre la baranda del balcón, y el obrerillo, desde el andamio sosteniéndola con todas sus fuerzas..., ansioso, triunfante... la besó apasionado...

El tiroteo continuaba...

El pueblo había tomado por asalto la Bastilla.

EL CANTOR DE LA MISERIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"JUAN PABLO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



EL CANTOR DE LA MISERIA

En la traza, uno de tantos juglares callejeros, truhanes, desvergonzados, era el poeta avasallador de la multitud; de la multitud miserable, sufridora de todos los dolores, sin sentido del propio sufrimiento.

Desde el amanecer, errante por la ciudad, atravesaba las calles principales, donde la nobleza, el poderío, el tráfico, mostrábase insolentes, sin pararse á cantar una vez sola; pero al pasar lento, contemplador melancólico del expansivo bullicio, recogía en el alma indignación y tristeza.

En las calles apartadas del centro, de tenebrosas viviendas amontonadas, respirade-

ros pestilentes de sus moradores miserables, cantaba el juglar rodeado de pobre gente, ignorante, haraposa, hambrienta; cantaba con ira santa de poeta unas veces, otras abatido, desconsolado; Cristo humano sin divinidad de Redentor; otras veces estrofas sin sentido pero resplandecientes de armonía, letanías de amor que penetraban el alma como un aroma de todos los amores, y en cuantos le escuchaban, rodeándole apretados, devoradores de las palabras, los rostros cerrados con dura expresión de triste ignorancia, se esclarecían como iluminados de súbito por interior aurora, y para siempre, ungidos por la divina poesía, quedaban grabadas en su frente las santas palabras... justicia, piedad, esperanza.

Jamás cantó de otros amores el poeta «Cantor de la Miseria», como le llamaban todos. Dama Miseria era su dama, y nunca tuvo más fiel amador.

La hija del Rey era muy aficionada de la

poesía, y aunque cien poetas cortesanos halagaban de continuo su vanidad de hermosa y de princesa, deseaba escuchar al poeta callejero de libre espíritu, al que satirizaba las costumbres cortesanas, al que amenazaba con ruinas y muertes á los poderosos, al que no se humillaba á la hermosura, ni al poder, ni á la riqueza, al enamorado «Cantor de la Miseria».

Le oyó por fin y lloró al oirlo, y estaba tan hermosa llorando tristemente tristezas que nunca había sentido, que el poeta «Cantor de la Miseria» por vez primera cantó la hermosura de una mujer. Afirmaba la princesa que poeta alguno le había emocionado tan dulcemente, y afirmaba el poeta que nadie como la hermosa princesa había comprendido sus canciones.

—¡Mal hice en escuchar á tanto poeta cortesano! ¿Qué podían decirme sino mentiras lisonjeras? Desde hoy tú serás mi poeta preferido.

—¡Mal hice en cantar mis canciones á los miserables! ¿No es mejor conmover piadosamente á los poderosos, que despertar amenazadores á los humildes? Desde hoy solo cantaré para vos.

Y de este modo quedó el poeta al servicio de la hija del Rey. Con sus colores y bordadas las armas al pecho, sobre el corazón, le veían cabalgar al servicio de la carroza regia; los miserables habían perdido á su poeta para siempre, y desde entonces, si algún nuevo juglar venía á decirles: «Oidme, yo soy otro Cantor de la Miseria», pasaban de largo, desconfiados, tristes, incrédulos...

¡Bah! «Cantor de la Miseria», hasta que las princesas quieran oírte.



LEY DE JUSTICIA